

Dr. David A. DeSilva,

2 Pedro y Judas

Sesión 6

Judas continúa su llamado trazando dos fuertes contrastes entre los intrusos y la congregación o congregaciones a las que se dirige. Estos contrastes, por supuesto, abren brechas retóricas estratégicas entre ambas partes, lo que posiciona a los oyentes aún más en contra de afirmar, y mucho menos de aceptar, la autoridad y el ejemplo de esos maestros rivales. La incompatibilidad entre la audiencia de Judas y los intrusos se ilustra vívidamente en dos pares de declaraciones paralelas y contrastantes.

En el versículo 16, estas personas. En el versículo 17, pero en cuanto a ustedes, amados. En el versículo 19, estas personas.

Y de nuevo en el capítulo 20, pero en cuanto a ustedes, amados. La estructura de los párrafos en muchas versiones en inglés no sigue estas indicaciones verbales del propio Judas, pero las indicaciones son inconfundibles. Estas personas son quejosas, critican su suerte mientras persiguen sus propios deseos, y su boca profiere cosas altivas mientras adulan por lucro.

qué cree Judas que hacían los intrusos , pero llamarlos quejosos es sin duda estratégico, ya que esta era una característica de la generación del Éxodo, en particular en los dos episodios que Judas ya ha recordado: la rebelión masiva del pueblo en Cades-barnea en Números 14 y la lucha de poder de Coré y su grupo en Números 16. Judas sugiere que las quejas se dirigen contra la condición humana, que los intrusos quizás usan como excusa para aprovechar al máximo la vida en el presente, ya que nuestra suerte es breve y dolorosa.

Sin embargo, mediante una ingeniosa yuxtaposición, Judas insinúa que la dedicación de los intrusos a satisfacer sus propios impulsos y anhelos es la culpable de los males de la condición humana. En lugar de comprometerse con la cura divina para esa condición en la santidad que Cristo y el Espíritu infunden, continúan alimentando la enfermedad que la origina. Judas también los describe como meras versiones cristianizadas de los sofistas y charlatanes religiosos que reclaman atención en el mercado de la ciudad.

Así que estas personas también se enorgullecen de sí mismas y de su perspicacia espiritual en sus discursos, mientras adulan a aquellos de quienes esperan beneficiarse. Judas luego dirige su atención a su audiencia y a las advertencias que habían recibido previamente sobre las personas con las que ahora se encuentran. De hecho, la descripción que hace Judas de los intrusos como personas que buscan sus propios deseos anticipa el contenido de la advertencia apostólica contra estas personas que Judas ahora recuerda.

Pero ustedes, amados, recuerden las palabras que los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo pronunciaron con anterioridad, como les decían que en los últimos tiempos habría burladores que seguirían sus propios deseos impíos. Judas, por lo tanto, presenta un segundo testimonio contra los intrusos, además de la palabra profética de Enoc, habiendo ya presentado argumentos sólidos sobre su destino basándose en ejemplos o precedentes

históricos. El lema «impíos» en la representación que hace Judas de las advertencias de los apóstoles resuena con el lenguaje de 1 Enoc 1:9, citado anteriormente en Judas versículos 14 y 15, donde nuevamente el lexema aseb , el lexema para impíos, aparece tres veces.

La representación que hace Judas de esta advertencia apostólica no coincide textualmente con ningún otro texto apostólico conocido. Podría ser un recuerdo de su enseñanza oral o simplemente una paráfrasis de advertencias bien conocidas y generalizadas contra los falsos maestros egoístas. Jesús mismo advirtió contra este tipo de personas que seguramente surgirían en Mateo 7 y 24.

En Hechos 20, se recuerda a Pablo por haber llamado aparte a los ancianos de Éfeso en Mileto para advertirles contra los lobos feroces que vendrían a desplumar al rebaño, y de hecho, afirmó haber dado tales advertencias con frecuencia. 1 Timoteo y 1 Juan también contienen advertencias similares. Etiquetar a los falsos maestros como burladores es muy acertado, sobre todo tratándose de los intrusos cuya influencia Judas intenta socavar.

En el centro del problema reside su actitud desdeñosa hacia la fe transmitida una vez por todas a los santos y las restricciones que el andar en consonancia con la fe impone a la complacencia de los propios deseos y placeres. Pero Judas recordará a su audiencia que la fe inicia a las personas en un estilo de vida que promete inocencia ante Dios en la gloria de Dios, no la satisfacción de ningún impulso que sea un obstáculo para la inocencia. El segundo contraste se centra en una diferencia decisiva entre los intrusos y la audiencia, una que descalifica a los intrusos para ejercer legítimamente cualquier influencia sobre los seguidores de Cristo.

Estas personas son las que crean divisiones, gente de mentalidad mundana, carentes del espíritu. Pero ustedes, amados, edificándose en su santísima fe, orando en el Espíritu Santo, manténganse en el amor de Dios, mientras esperan la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. Judas afirma que los intrusos, independientemente de sus pretensiones de experiencias carismáticas y nuevas revelaciones, sus sueños, como lo expresó Judas en el versículo 8, en realidad solo operan según su inteligencia e instintos naturales.

Este es el sentido de la palabra griega psychikoi , traducida aquí como mundana. Judas ya lo había insinuado en el versículo 10, donde negó a los intrusos cualquier comprensión espiritual genuina y sugirió que sus prácticas y prioridades demostraban que operaban al nivel de cualquier otro animal. Sin embargo, la audiencia ha sido dotada del Espíritu Santo, en quien deben continuar orando, cuya presencia les asegura que deben permanecer firmes en la fe tal como la recibieron y no dejarse influenciar por maestros guiados por sus pasiones en lugar del Espíritu.

Contender por la fe significa resistir negativamente la influencia de quienes dicen ser hermanos y hermanas, pero no se han sometido a la autoridad del testimonio apostólico de los propósitos de Dios para quienes están en Cristo y, por lo tanto, no se han comprometido a seguir al Espíritu Santo en la dirección de una práctica intachable. Contender por la fe también significa permitir que la fe eche raíces cada vez más profundas y dé frutos cada vez más plenos en la propia vida, y facilitarlo en la vida de los hermanos y hermanas en Cristo. Implica preservar una orientación y un conjunto de prioridades muy particulares,

mantenerse en el amor de Dios y mirar con esperanza hacia la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que resulta en la vida eterna.

Las exigencias de la santidad y la experiencia del amor divino no se consideran aquí en absoluto opuestas. Esta última nos llama a cumplir la primera. Vivir en la primera nos prepara para continuar en la segunda.

Los intrusos se concentran en dar cabida a sus deseos e impulsos. Los creyentes genuinos se concentran en honrar a Dios que los llamó a su amor y en vivir con miras a hallar misericordia, a permanecer irrepreensibles, como lo expresará Judas en el versículo 24, ante Dios y su Cristo. Contender por la fe también implica aceptar nuestra responsabilidad por la firmeza de nuestros hermanos y hermanas en la fe, particularmente en su práctica.

Así continúa Judas: «Muestra misericordia a algunos que están inseguros. Salva a algunos, arrancándolos del fuego. Ten piedad de algunos sin tristeza, de otros con temor».

Odiando incluso las vestiduras contaminadas por la carne, Judas encomienda a sus oyentes que cada uno sirva de protección, por así decirlo, para el otro. Comprometiéndose a mantenerse mutuamente en el buen camino.

Él confía a aquellos cuyo punto de apoyo en el camino de la intachabilidad ha flaqueado a sus hermanos y hermanas para que estos se esfuercen por restaurarlos. Tal deber choca con nuestra sensibilidad moderna, que ha sido educada en gran medida para no interferir, para inmiscuirse en la vida de los demás, especialmente en los delicados asuntos de vivir nuestros compromisos religiosos. Choca con las nociones contemporáneas de lo que significa juzgar.

Y esta es una época en la que «no juzguéis para no ser juzgados» se ha vuelto un versículo cada vez más popular que «de tal manera amó Dios al mundo». Pero Judas sí llama a los seguidores de Cristo a juzgar, en el sentido de discernir cuándo un hermano o hermana se está alejando de la intachabilidad a la que Dios nos llama. Y a hacerlo con miras a restaurar la estabilidad de ese hermano o hermana en el camino a la vida eterna.

El camino que anticipa la misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Judas se une así a muchas otras voces del Nuevo Testamento que, de igual manera, nos comprometen a cuidarnos mutuamente. Reconociendo la necesidad del fortalecimiento comunitario o social de la fe y el caminar de cada miembro del cuerpo de Cristo, para que este permanezca firme en el camino de la vida.

Se recuerda a Jesús, por ejemplo, por haber enseñado: « Si tu hermano o hermana peca, ve y repréndele su falta solo entre ustedes dos. Si te escuchan, los habrás convencido. Pero si no te escuchan, llama a uno o dos más para que todo asunto quede establecido por el testimonio de dos o tres testigos».

De igual manera, Pablo. Hermanos y hermanas, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que viven por el Espíritu deben restaurarlo con mansedumbre. Pero tengan cuidado, no sea que ustedes también sean tentados.

Y también Santiago. Hermanos míos, si alguno de ustedes se desvía de la verdad y es reconducido por otro, sepan que quien lo reconduzca del extravío salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados. Es muy posible que Judas también quisiera que sus oyentes ejercieran una influencia tan piadosa y redentora sobre los mismos intrusos.

Pues en ningún momento Judas los insta a expulsar a estos maestros, como lo había hecho Pablo en varias ocasiones. A Judas simplemente le preocupa que la influencia fluya en una sola dirección. Y la manera en que ha alertado a su audiencia sobre el peligro que representa la práctica del intruso, si su contaminación se volviera contagiosa, los ha posicionado bien para lograrlo.

Judas concluye su breve carta no con los elementos habituales de una carta: planes de viaje, saludos a personas concretas, palabras de despedida, una última palabra de despedida o un deseo de gracia, sino con una doxología bien elaborada, es decir, una declaración de alabanza y bendición a Dios. Esto, sin duda, concuerda con lo que Judas anticipaba que sería el contexto en el que se leería su carta.

La asamblea se reunió para adorar y orar, quizás incluso para una de las mismísimas fiestas de amor que mencionó en el versículo 12. A aquel que es poderoso para guardaros sin tropiezo y presentaros irrepreensibles ante su gloria con gran alegría, al único Dios, nuestro Salvador, por Jesucristo nuestro Señor, sea gloria, majestad, poder y autoridad antes de todos los tiempos, ahora y por todos los siglos. Amén.

Los intrusos, con su desdén por la autoridad de la tradición apostólica y las barreras que esta ha impuesto al comportamiento de quienes buscan la misericordia de Dios, constituyen un obstáculo potencial para la congregación o congregaciones a las que se dirige Judas. ¿Acaso la palabra y el ejemplo del intruso los persuadirían a dar cabida a las pasiones de la carne que batallan contra sus almas, parafraseando 1 Pedro? Pero Judas concluye con la seguridad de que Dios mismo es capaz de guardar, y por implicación, desea evitar que los creyentes tropiecen, sino preservarlos irrepreensibles ante Dios para que no tengan motivo de vergüenza ante la gloria de Dios.

Al mantenerse en el amor de Dios mediante su fidelidad a la fe confiada a los santos una vez para siempre, tienen la plena seguridad de que Dios también los guardará. En los versículos 16 al 25, como a lo largo del resto de su breve carta, Judas plantea la cuestión de la ubicación de la autoridad, en particular la autoridad para establecer los parámetros de la respuesta fiel a las obras salvíficas de Dios en Cristo. Judas insiste en que esta autoridad no reside en las experiencias carismáticas o espirituales de ningún individuo o grupo de las iglesias.

No se basa en la experiencia ni en una nueva evaluación de lo que es razonable que los seres humanos de carne y hueso alcancen sin privarse de los placeres de esta vida. No se basa en experiencias personales de una supuesta revelación, sino en la tradición común transmitida a los santos de una vez por todas. Se basa en la revelación de Dios a través de Jesús y el testimonio de los apóstoles, lo cual es en sí mismo consonante con la revelación de la justicia de Dios en las escrituras judías y la tradición parabíblica.

Si un maestro en la iglesia ha de tener autoridad, esta se deriva a su vez de su fidelidad a la fe confiada a los santos de una vez por todas y de su consonancia con ella. Nuestra

comprensión colectiva de esa fe puede profundizarse. Cómo alinearse con esa fe en nuevos contextos puede requerir un nuevo discernimiento.

Pero la trayectoria que Dios había trazado para la iglesia a principios del siglo XIX, y la enseñanza de los apóstoles, no pueden desviarse del compromiso con la inocencia ante Dios en la dirección que nos llevarían nuestros propios deseos o meros instintos naturales, como la NVI traduce Sukukoi en el versículo 19. Una vez más, surgen algunas cuestiones textuales significativas con respecto a esta breve carta, particularmente en Judas versículos 22 y 23. Los testigos textuales difieren en cuanto a si debemos considerar dos o tres acciones restaurativas prescritas como cláusulas independientes.

También difieren en cuanto a la naturaleza de la primera acción. ¿Implica tener misericordia o condenar? Entre los testimonios a favor de tres cláusulas independientes se encuentran el Códice Vaticano : tener misericordia de quienes dudan o disputan, salvarlos del fuego, tener misericordia de quienes temen y odian, etc. El Códice Alejandrino también favorece tres cláusulas independientes: condenar a quienes dudan o disputan, salvar a quienes los arrebatan del fuego, tener misericordia de quienes temen y odian, etc.

Y luego, el corrector del Códice Sinaítico del siglo XII, «ten piedad de algunos que dudan o disputan, salva a otros arrebatándolos del fuego», «ten piedad de otros que temen, odian», etc. Entre los testigos que prefieren dos cláusulas independientes que denotan las acciones restauradoras se encuentran el Papiro 72, un papiro del siglo III o IV, «arrebatar a algunos del fuego», «ten piedad y temor de aquellos que dudan o disputan, odiando incluso la prenda», etc. Y luego, el Códice conocido como Ephraim Rescripti, un Códice reescrito, un Códice que se ha usado dos veces en el siglo V, donde leemos «condenar a algunos que dudan o disputan, salvar a otros arrebatándolos del fuego y el temor, odiando», etc.

Y luego un corrector del Codex Ephraim Rescripti un siglo después escribe Ten piedad, reemplazando convicto, ten piedad de algunos que dudan o disputan, salva a otros arrebatándolos del fuego por miedo, y así sucesivamente. Tres manuscritos del siglo IX presentan de manera similar dos acciones restauradoras: tener piedad de algunos mientras disputan, presumiblemente con ellos, salvar a otros por miedo, arrebatándolos del fuego, odiando, etc. Los acuerdos esenciales del Vaticano , Alejandrino y Sinaítico tienden a inclinar la balanza a favor de su representación de la redacción de Judas en contra de la regla de que la lectura más corta generalmente es preferible porque los escribas tendían a expandir el texto en lugar de acortarlo, a menos que fuera por accidente.

Y contra el testimonio de nuestro manuscrito más antiguo, el Papiro 72. Esto, sin embargo, no resuelve la cuestión de cuál es esa primera acción. En este caso, los testimonios del Sinaítico, el Vaticano e incluso el Papiro 72, que esencialmente combina la primera y la tercera acción, sugieren que Judas instó a tener misericordia tanto en la primera como en la tercera cláusula.

La lectura en Alejandrino podría explicarse como una mejora estilística para eliminar dicha redundancia. Basándose en estas consideraciones, una probable reconstrucción de estos versículos se leería como la que mencionamos anteriormente: mostrar misericordia a algunos que dudan, salvar a algunos, arrebatándolos del fuego, tener misericordia de algunos con temor, odiando incluso la prenda contaminada por la carne. Este ejemplo, al

igual que nuestro estudio minucioso de la variación textual tras el versículo 5, también da testimonio de las complejidades que a menudo acompañan la, para la mayoría de los lectores de las Escrituras, tarea invisible de la crítica textual.

La primera señal de que Judas se leía y utilizaba en la iglesia primitiva aparece, quizás sorprendentemente, en 2 Pedro, una carta que también da testimonio de la circulación de las cartas de Pablo entre las iglesias cristianas. 2 Pedro fue escrita para abordar los desafíos planteados por un grupo de maestros bastante diferente. El autor parece integrar el contenido de Judas. Los versículos 5 al 18 en su propia denuncia de estos otros maestros, usando muchas de las mismas referencias e imágenes del Antiguo Testamento, y éstas en un orden muy parecido al que encontramos en Judas.

2 Pedro fue escrita para un público que, al menos el autor, creía que estaría menos familiarizado o sería menos receptivo a las tradiciones judías palestinas a las que se refiere Judas. Por ello, el autor de 2 Pedro modifica el material que parece haber tomado prestado de Judas, reemplazando las referencias a 1 Enoc, por ejemplo, con textos bíblicos más familiares. El uso de la carta de Judas continúa entre los siglos II y IV como munición contra los nuevos maestros innovadores que surgen en las congregaciones. Clemente de Alejandría, por ejemplo, aprovecha el texto y la retórica de Judas para combatir la influencia de un grupo conocido como los Carpocratianos, un grupo gnóstico de principios del siglo III activo en el Egipto de Clemente.

Martín Lutero consideraba Judas un compendio seudónimo de 2 Pedro y, por lo tanto, si bien su contenido es apostólico, Lutero no consideraba que el documento en sí fuera apostólico y, además, lo consideraba redundante. Juan Calvino, por otro lado, valoraba el texto lo suficiente como para escribir un comentario sobre él. Los escritores del siglo XIX criticaron aún más el texto, considerándolo un ejemplo de pensamiento postapostólico, inferior al pensamiento más creativo e innovador de un Pablo o un Juan.

El ethos de finales del siglo XX y principios del XXI ciertamente no ha sido propicio para acoger a Judas, con su visión de un camino recto y estrecho para encontrar misericordia en el día del juicio, y su intolerancia hacia las voces y prácticas alternativas de los maestros que denuncia. Judas no llegó a gozar inmediatamente de autoridad canónica en la Iglesia. Si bien Orígenes aceptó la autoridad de la carta, ya conocía los debates sobre esta cuestión a principios del siglo III.

Las ediciones anteriores del Nuevo Testamento siríaco, la Peshitta, omiten a Judas, aunque este aparece incluido en el siglo VI. Sin embargo, Atanasio, obispo de Alejandría, incluyó a Judas en su lista de escritos canónicos en su célebre carta de Pascua del año 367 d. C. El hecho de que Judas citara un versículo de 1 Enoc como texto autorizado fue un factor importante en este debate.

Esto no impidió que el autor de 2 Pedro usara el texto, pero sí lo purgó de todas las referencias a 1 Enoc, quizás simplemente por su oscuridad para su audiencia, pero quizás también por su aversión a tales referencias extrabíblicas. Jerónimo, el padre de la iglesia del siglo IV o principios del V, conocía sectores de la iglesia que negaban la autoridad canónica de Judas, específicamente basándose en... Utiliza un texto no canónico. El Venerable Beda analizó la naturaleza problemática de la cita de Judas de 1 Enoc, que consideraba un libro

que contenía, cito textualmente, cosas increíbles sobre gigantes que tenían ángeles en lugar de hombres como padres, y que son claramente mentiras.

Aunque el propio Beda defendió la autoridad de Judas al señalar que el versículo específico de 1 Enoc que Judas citó no contenía nada objetable ni contrario a la fe apostólica, algunos sectores de la iglesia primitiva, por el contrario, promovieron el valor de 1 Enoc y consideraron que la cita de Judas de 1 Enoc respaldaba su valor e incluso su autoridad canónica. Tertuliano, el padre de la iglesia del siglo III, se encontraba en esta postura.

La Iglesia Ortodoxa Etíope se mantuvo y continúa manteniéndose en esta tradición, recibiendo no solo a Judas, sino también 1 Enoc como canónico. La presencia de Judas en nuestro canon del Nuevo Testamento es, en mi opinión, un don. Esta breve carta nos recuerda, en primer lugar, que la gracia de Dios tiene una trayectoria.

Adaptar el evangelio a nuestro viejo yo, o como dice Judas, transformar el favor de nuestro Dios en una autocomplacencia indecente, equivale a rechazar a nuestro Señor, pues es rechazar lo que Dios, en su gracia, busca lograr en nosotros mediante nuestra redención en Cristo. La gracia de Dios, más bien, nos guía a conformar nuestro viejo yo al evangelio, a guiarnos hacia la intachabilidad, y esta no es una trayectoria de la que nos atrevamos a desviarnos para nuestra propia gratificación. Judas nos recuerda la coherencia de la justicia de Dios y su juicio sobre todo lo que es injusto.

El Dios de Jesucristo sigue siendo el Dios que condenó a los ángeles rebeldes, sometió a Sodoma y sus ciudades hermanas a la conflagración, y sentenció a la generación del Éxodo a vagar por el desierto hasta que sus miembros, que habían visto el poder de Dios pero se negaron a confiar en él, murieron hasta la última persona. Él sigue siendo siempre el Dios en quien somos amados y ante cuya justicia rendiremos cuentas. Y Judas nos ofrece una imagen concisa de lo que implica contender por la fe .

Esto implica que invirtamos en el estímulo mutuo, aprovechemos el apoyo del Espíritu Santo a través de la oración y nos acerquemos con valentía y restauremos a aquellos cuyo punto de apoyo espiritual está flaqueando.